

El hombre que se encerró en un cajón de IKEA

Autor: José Manuel Dorrego Sáenz

Se oye el sonido de la verja de entrada que se abre, serán los vigilantes que andan de ronda, o puede que ya sea la hora de entrada de los primeros empleados. Es curioso cómo desde aquí adentro se pierde por completo la noción del tiempo, supongo que es por falta de referencias. Obviamente, no tengo una hora para comer, ni para desayunar ni para cenar. Así a ojo, yo calculo que llevo aquí unos tres días, pero me resulta muy difícil ser más preciso, unas 70 u 80 horas, sí, por ahí debe de andar. Por fortuna, ya he pasado esa fase del hambre que parece imposible de superar, cuando comer se convierte en el único objetivo vital. Dura poco, unas 18 o 20 horas. Luego, imagino que es el propio organismo el que asume que no habrá comida y termina resignándose, el cuerpo es muy sabio, desde luego.. Ahora, solo siento un inmenso vacío en el estómago, a veces incluso algún pequeño retortijón, pero incluso a eso me estoy acostumbrando. Por suerte, tuve la precaución de encerrarme con dos botellas de litro de agua mineral, con lo cual, el problema de la bebida lo tengo controlado a corto plazo. Dicen que a la hora de sobrevivir, son más importantes los líquidos que la comida. De momento voy racionando el agua a sorbitos, según mis cálculos bebo unos cien mililitros cada 24 horas, con lo que mis dos litros podrían dar para 20 días. ¿Que qué sucederá cuando pasen esos 20 días? Lo ignoro, pero tampoco quiero siquiera planteármelo. Si me encerré aquí fue para vivir el momento, así que no tengo la intención de hacer planes de futuro. Eso es precisamente lo único que da sentido a mi enclaustramiento y por lo que decidí encerrarme aquí: la ausencia de planes

¡Me lo temía! Ahora escucho voces cada vez más altas, muchas voces a mi alrededor, sirenas, murmullos y, por fin, lo que más me temía: mi nombre. Y oigo el rechinar metálico de una radial con la que, supongo, intentarán reventar la cerradura para liberarme. Y ni siquiera me han preguntado si quiero salir de aquí. Que no cuenten con mi colaboración. No en vano, si me tragué el manual de instrucciones fue a conciencia: no quiero caer en la tentación de aprender a desmontar mi nuevo hogar.